



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080016176



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SEGUNDA CARTA PASTORAL

SOBRE LA

PRESENTE CUARESMA DE 1887

CONSIDERADA EN RELACIÓN

CON LAS CIRCUNSTANCIAS DE ACTUALIDAD Y CON LOS DEBERES

DE CONCIENCIA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez



BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

002117

39561

Bx2010

Iy

NOS EL DOCTOR DON CRESCENCIO
CARRILLO Y ANCONA, POR LA
GRACIA DE DIOS Y DE LA SAN-
TA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE
YUCATAN,

AL MUY ILUSTRE Y VENERABLE SR. DEÁN Y CABILDO DE
NUESTRA SANTA IGLESIA CATEDRAL, AL VENERABLE
CLERO Y Á TODO EL PUEBLO FIEL DE ESTA DIÓCESIS, SA-
LUD, PAZ Y BENDICIÓN EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Venerables hermanos y amados hijos :



GUARDIAN de las almas como somos, ¿quién más que Nos ha de levantar la voz de alerta, lleno de mayor celo y de más paternal solicitud, en la presente Cuaresma, cuando por causa del peregrino sueño del pecado, el Señor levanta una mano para dejarla caer armada con el azote de su justicia sobre nuestras cabezas; pero mostrando á un tiempo con la otra, su Sacratísimo Corazón abrasado en llamas de amor y misericordia, pronto á perdonar á los pecadores que se arrepienten? ¡ Oh, qué santo y saludable temor debe inspirarnos por una parte la justa amenaza del castigo, y qué consuelo, cuánta y cuán dulce esperanza, por otra, ese fuego del amor divino !

Entrad, pues, sériamente dentro de vosotros mismos, Venerables hermanos y amados hijos, y ved: 1º las circunstancias que nos rodean; 2º el estado de vuestras conciencias, y 3º el santo tiempo en que nos encontramos.

2. Las circunstancias que nos rodean. Cinco años hace que la Península se encuentra invadida de una plaga terrible y destructora: la langosta. Nubes inmensas y compactas de este voraz acridio, recorren aquí y allá las diferentes zonas de nuestros Estados peninsulares, sembrando por donde quiera la aflicción y la miseria.

Más tiempo hace que empezó, y aún no concluye, la guerra de castas.

Y mucho mayor tiempo hace, que la peste moral del escepticismo religioso, de la indiferencia, y de la gran inmoralidad consiguiente, se esparce y ceba, cada vez más audaz y descarada, en todas las clases de la juventud y de las masas populares.

En fin, estos son los momentos en que el pánico se apodera del país, á vista del inminente peligro de un mal, mil veces peor que el de la langosta, y que ya dos veces se ha hecho sentir entre nosotros, en 1833 y en 1853: el cólera morbo. Sí, el cólera morbo, ese terrible viajero asiático, mejor diremos, ese ángel exterminador, que lleva en una mano la copa rebosante de las divinas iras, y en la otra la guadaña de la muerte, para herir sin piedad á generaciones protervas y delincuentes, sin perdonar muchas veces ni á los individuos menos culpables, y ni aun acaso á los más justos, á fin, sin duda, de que el número y la clase de las víctimas contribuya, con el de los pecadores castigados, á servir de espiritual provecho, á los pueblos aleccionados con el sufrimiento, con los rigores de una penitencia forzada, yá que no la quisieron hacer de su propia voluntad y generoso arrepentimiento. Sí; el cólera asiático, volvemos á decir, que después de estar recorriendo diferentes países

de Europa desde hace algunos años, y que aun no deja, hoy ha invadido nuestro Continente, pues yá está diezmando varios países de la parte Sur de nuestra América, como la República Argentina, el Paraguay, Chile y otras naciones, y tal vez hoy hasta la República de Guatemala, cuyo territorio confina con el nuestro.

Tales son, Venerables hermanos y amados hijos, nuestras actuales circunstancias, asaz críticas en verdad, debiendo tener en cuenta, que ellas se enlazan las unas con las otras, como los dientes de las ruedas combinadas en un monstruoso aparato mecánico, destinado á producir en unidad de fuerza, algún terrible efecto. ¿Por qué? Porque la langosta y la guerra social preparan con la desgracia de la miseria, de la usura y de otros duros abusos, todos los medios físicos y morales más adecuados, á la peor que debe ocasionar el cólera, en gentes trabajadas, débiles y afligidas, mientras que la peste de la impiedad y de la corrupción reinante, sustituyendo á la santa fé y á la pureza de las costumbres cristianas, una falsa y vanidosa ciencia, y unos vicios sin pudor, en todo sexo, edad y condición, prepara por su parte y precipita más el azote del cólera en razas viciadas y enervadas, cuyas conciencias están torturadas en unos individuos por el remordimiento, y endurecidas en otros por la indiferencia religiosa más friamente calculada, y por lo mismo criminales y enfermas en todos y de todas maneras, y siempre merecedoras de un castigo, á la verdad necesario en generaciones que, ensoberbecidas como nuestros primeros padres, prefieren á las enseñanzas divinas la voz insidiosa de la antigua serpiente, que en estos modernos tiempos del mundo, repite la misma mentira del principio, diciendo: «Desobedeced á Dios comiendo el fruto prohibido, y así seréis iguales al mismo Dios, sabiendo el bien y el mal. Desobedeced, añade, á la Iglesia de Dios, porque su tiempo se ha pasado: desobedecedla, porque ella

os engaña : desobedecedla, porque ella no representa más que los viles intereses de sus ministros : desobedecedla, porque ella no tiene ninguna misión ni autoridad, ni más carácter que el de una corporación, como cualquiera otra, y aun peor que todas: desobedecedla, porque haciendo vosotros lo contrario de lo que os manda, seréis sabios, seréis dioses : *eritis sicut dii.*»

Además, no debemos pasar desapercibida la circunstancia de que á la plaga de la langosta, se ha venido á juntar en estos últimos días, otra extraña y nueva, pues acaba de circular por la prensa local, la noticia de que en el partido de la villa de Temax, se ha presentado con rumbo fijo de Este á Oeste, una gran familia de murciélagos, que acósa horriblemente á las reses, causando gravísimos estragos; expresándose que en las fincas rurales de un sólo propietario, en que dicho enemigo se detuvo, habían perecido, en poco tiempo, más de dos mil cabezas de ganado; y en otras, que á últimas fechas, había ido invadiendo, de otros propietarios, se notaba una mortalidad de diez y doce cabezas por día, en cada una de las fincas.

¡Oh! reflexionemos bien, que faltándonos por una parte el pan y la carne, é invadiéndonos por otra el cólera, los puertos extranjeros, atendiendo á su propia conservación, se incomunicarán con nosotros, y entónces, en justo castigo de nuestros pecados, en justo castigo del impío, que alardea de la moderna ciencia, pereceremos, sin remedio, triste y miserablemente.

El progreso de la ciencia, en la parte que de esto hay real y efectivamente, que nadie niega, y que la Religión es la primera en promover y amparar, es uno de los mayores beneficios del Señor á la humanidad, y por lo mismo, no debía servir para ensoberbecer á ésta contra el cielo, sino ántes bien, para hacerla más humilde y agradecida. Pero yá que afecta olvidarse de la divina misericordia, la

justicia eterna se encarga de hacerla reconocida, humillándola. . . .

Tales son, repetimos, las circunstancias que nos rodean, circunstancias que revelan muy alto cuán ofendida está la Majestad del Señor por los pecados de los hombres, puesto que, como consta por las Santas Escrituras, el endurecimiento del corazón, la impenitencia y las plagas, son instrumentos de la ira divina, que sin embargo, no castiga en la tierra por lo general, sino para mover á la conversión, y determinar la felicidad y ventura de los mortales. Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Mas si el pecador se endurece en sus crímenes, como el yunque bajo del martillo, el Señor le abandona, y su ruina eterna es inevitable, sirviendo de preludeo la desgracia temporal.

3. Veamos ahora el estado de nuestras conciencias. O somos del número de los fieles á Dios y á su Santa Iglesia, ó somos del número de sus enemigos. Si lo primero, ó vivimos arreglando todos los actos de nuestra vida á nuestra conciencia de fieles, ó nó. Si arreglamos nuestra vida á nuestra fé, ó lo hacemos con perfección, constancia y fervor, ó con imperfecciones, inconstancias y tibiezas.

Pues bien; en cualquiera de estos extremos en que nuestra conciencia se encuentre, es un estado que al punto habrá de revelarnos, con viva luz, á qué estamos obligados.

¿Somos enemigos de Dios y de su Iglesia? Pues debemos arrepentirnos de pecado tan horrendo, convirtiéndonos sin pérdida de tiempo al Señor, para nuestro bien, inmenso bien, sumo bien, fuera del cual no hay otro. «Convertíos á mí, dice el Señor de los Ejércitos, y yo me convertiré á vosotros.» *Convertimini ad me, ait Dominus exercituum, et convertar ad vos.* (1)

(1) Zach. 1. 3.

¿ No somos enemigos de Dios ni de su Iglesia, pero nuestra vida práctica no va conforme á la fé que profesamos? Pues estamos obligados á hacer penitencia, mudando de conducta desde luego, porque nuestra fé es muerta, y solo puede salvarnos aquella fé que se llama viva, esto es, que no solo cree, sino que practica lo que cree: la vida de la fé son las buenas obras.

¿ Está arreglada nuestra vida á nuestra fé, pero con inconstancias, con frecuentes imperfecciones, en una palabra, con tibieza? Pues estamos obligados á hacer penitencia, porque ésta y solo ésta, es el correctivo seguro y eficaz de todos nuestros defectos, defectos que si no se enmiendan, acabarán por precipitarnos hasta la más terrible de las caídas, no solo en los más graves crímenes, sino hasta la pérdida misma de la fé. Escrito está, que el que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco caerá en un abismo de males. *Qui spernit módica paulatim decidet.* (1)

En fin, ¿vivimos de tal suerte, que todas nuestras palabras, todos nuestros pensamientos, todas nuestras obras, toda nuestra actividad siempre viva y siempre vigilante, se encuentra en perfecta conformidad con los dogmas y las máximas de la fé católica? Pues aun así, obligados estamos á la penitencia, porque es la sal y la luz que preserva nuestra fragilidad de la corrupción, iluminándonos en todos los senderos de la vida. «*Vigilate et orate, ut non intretis in tentatione.*» Esto es, si no vigiláremos y oráremos humilde y penitentemente, caeremos sin remedio en la tentación. Ved aquí por qué se nos dice en general, sin excepción alguna: «A no ser que hiciéreis penitencia, todos pereceréis.» *Nisi poenitentiam egeritis, omnes simul peribitis.*

Sí, Venerables hermanos y amados hijos, la vida penitente es la vida del cristiano, porque ella debe ser vida

(1) Eccl. 19. 15.

de cruz, y ni es, ni puede concebirse de otra manera, así como también la vida del hombre, no es ni puede ser sino necesariamente cristiana, so pena de eterna condenación. No hay más diferencia en la vida penitente, á la que en lo general estamos todos obligados, que los grados de ella; puesto que puede ser común y ordinaria, pero siempre arreglada á la pauta del Evangelio, según la diferencia respectiva de estados y profesiones; ó puede ser más alta y perfecta, según y conforme á las particulares gracias de especiales vocaciones; ó puede, en fin, ser extraordinariamente perfectísima y heróica, según que las almas privilegiadas sepan corresponder á los grandes favores y distinciones de la misericordiosa bondad del Señor. Así, más ó menos penitentes ó santos, todos debemos serlo en nuestra personal esfera y relaciones, ó no somos tales cristianos.

Por esto, es un engaño intolerable el de aquellos infelices, que pretenden cohonestar su mala conciencia, diciendo: Quédese la profesión de la virtud, quédese la penitencia para los santos, que yo no soy, ni puedo ser santo, ni tampoco quiero ser hipócrita, ni menos un fanático.

Sí, este es un triste y manifiesto engaño, una mala máscara, cuyas horribles consecuencias vendrán á encontrarse en el instante de la muerte, en cuyo trance, el presuntuoso y abandonado pecador, hallará como fruto de lo que sembró, ó la más congojosa desesperacion, ó la mayor dureza del corazón é impenitencia final. «No hay paz para los impíos ó pecadores,» dice el Señor. *Non est pax impiis.* Y en otro lugar dice: «El corazón del obstinado pecador acabará por endurecerse como la piedra.» *Cor ejus indurabitur tanquam lapis.* (1)

Todos, pues, volvemos á decir, Venerables hermanos y amados hijos, todos, por ineludible razón de conciencia, tenemos que ser penitentes, y debemos serlo en todo tiem-

(1) Job. 41. 15.